



DIRECTORA: ÁNGELA GRASSI

Núm. 34. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 10 Setiembre 1873. | Se publica en diez distintos idiomas. | Año XXIII.

PRIMERA EDICION. DE LUJO Ó COMPLETA.		SEGUNDA EDICION. ECONÓMICA.		TERCERA EDICION. ESPECIAL PARA COLEGIOS DE SEÑORITAS.		CUARTA EDICION. ESPECIAL PARA LAS MODISTAS.	
Papel superior, cuatro números al mes, cuatro figurines, un pliego de patrones de tamaño natural y otro de dibujos.		Cuatro números al mes, un figurin y un pliego de patrones de tamaño natural.		Cuatro números al mes y un pliego de dibujos para bordados.		Dos números al mes, dos figurines iluminados, un pliego de patrones de tamaño natural.	
Haciendo la suscripción por medio de los Correosales:		Haciendo la suscripción en la misma Administración ó por carta certificada:		Haciendo la suscripción en la misma Administración ó por carta certificada:		Haciendo la suscripción en la misma Administración ó por carta certificada:	
MADRID.		MADRID.		MADRID Y PROVINCIAS.		MADRID.	
Un año... 30,00 ptas.		Un año... 18,00 ptas.		Un año... 13,00 pesetas.		Madrid: Un mes, 1,75 pesetas.	
Seis meses... 15,50 »		Seis meses... 9,50 »		Seis meses... 7,00 »		Provincias: Tres meses, 5,00 id.	
Tres meses... 8,00 »		Tres meses... 5,00 »		Tres meses... 3,50 »		Madrid: Un mes, 1,50 pesetas.	
Un mes... 3,00 »		Un mes... 2,00 »		Un mes... 1,25 »		Provincias: Tres meses, 4,50 id.	
PROVINCIAS.		PROVINCIAS.		PROVINCIAS.		PROVINCIAS.	
Un año... 36,00 ptas.		Un año... 24,00 ptas.					
Seis meses... 18,50 »		Seis meses... 11,50 »					
Tres meses... 9,50 »		Tres meses... 6,00 »					

#### SUMARIO.

Juana de Arco, por la Condesa de Araceli. — Don Gaspar Bono Serrano, por Domingo Hévia. — La Momia de Santa Eulalia, por Robustiana Armiño de Cuesta. — Páginas marinas: La nave, por Augusto Jeréz Perchét. — Costumbres drabes, por Ángela Grassi. — Bibliografía, por Vicente Cuenca. — Luchas del corazón, por Sofía Tartilan. — Historia natural, por Margarita. — Explicación del figurin. — Variedades. — Correspondencia. — Charada. GRABADOS. — Suplicio de Juana de Arco. — Una escuela árabe. — Árabe rico. — Escenas del harem. — La vaca negra.

#### JUANA DE ARCO.

¿Quién no ha oído cien veces, con los ojos inundados de lágrimas, con el corazón palpitante de entusiasmo, referir la historia de esa humilde pastorella, que ciñó tres coronas, mucho más estimables que las brillantes coronas de los reyes? La corona de rosas de la inocencia y la virtud, la corona laureada de los héroes, y la roja corona de los mártires!

Sin embargo, nació en una pobre cabaña oculta entre los bosques, pasó su infancia guardando ovejas, y no tuvo otra instrucción que la que podían darla las avejillas canoras, las brisas perfumadas y las estrellas del cielo. ¿Cómo pudo surgir en su mente la idea de traspasar los límites de sus bosques, de dejar el cayado por la espada, la guirnalda de rosas por el casco?

Y una vez concebida la extraña idea, ¿quién le dió inteligencia y valor para poderla llevar á cabo? ¿Qué significado podían tener para ella, acostumbrada á la vida errante y solitaria, los nombres de patria é independencia? ¿Qué la importaba que fueran los ingleses ó los franceses los que imperasen en sus campos? ¿Dejarían por eso de crecer y abrirse sus amigas las flores? ¿Dejarían por eso de brindarla sabrosa y fresca leche sus amantes ovejuelas?

Mucho hablan en el día los despreocupados franceses sobre las apariciones de la Virgen; mucho se burlan con esa ligera y punzante ironía que los caracteriza, de que elija para aparecerse á los niños cándidos y sencillos, y sin embargo, el milagro de Juana de Arco forma una de las páginas más sublimes de su historia, porque no de otra manera puede explicarse esa maravillosa epopeya, que condujo rápidamente á la oscura niña desde el altar de la Madre de Dios, hasta el sólio esplendente del martirio.

¿No fué también Santa Genoveva, una humilde y oscura jovencilla, la que salvó á París, impidiendo que cayese en poder de las hordas enemigas?



SUPPLICIO DE JUANA DE ARCO.

Misterios de la Providencia! El pueblo que primero enarboló la bandera del descreimiento y el positivismo, ha debido dos veces la salvación á un hecho que no puede clasificarse más que como sobrenatural y milagroso!

Ah señores filósofos materialistas: ¿fué la fuerza física, fué la fuerza intelectual, la que pudo obrar tales prodigios?

*E pur si muove*, decía Galileo obligado por los fanáticos sabios de su tiempo á retractarse de sus teorías; e *pur si muove*, repetimos nosotros, al oír los sarcasmos con que suele acogerse cuanto tenga relación con el alma y la otra vida.

Apesar de los que quieren rebajar al hombre hasta la

condición de los brutos, apesar de los que con el escalpelo en la mano pretenden explicar todas sus sensaciones por medio del mecanismo de los órganos y los nervios, el mundo moral se enseñoreará siempre del mundo físico, la fé descollará sobre las ruinas de la industria, y el metálico ruido del oro se perderá entre los gritos de entusiasmo que exhalen los corazones, al presenciar rasgos heroicos y sublimes.

LA CONDESA DE ARACELI.

DON GASPAR BONO SERRANO,

PORTA ARCADE.

(Continuación).

#### ROMANCE.

No vuelvas, Magaz, los ojos  
Para mirar cual humean  
De esa incendiada Sagunto  
Las no extinguidas pavesas.  
Pueblo infelice y heroico,  
Que en el sepulcro contempla  
Cien y cien hijos amados,  
Sin que salvarlos ya pueda.  
¿Cuántas guirnalda de luto  
La melancolía aumentan,  
Que inspira el fúnebre cuadro  
De la desolada Vega!  
Los cerros que la circundan,  
Las quintas que la hermean,  
Cual padrones de la muerte,  
Horror y estragos recuerdan;  
Al par que el ánimo asustan  
Las corrientes turbulentas  
Del Nervion, que al mar se lanza  
Teñido con sangre ibera.

Omitidos algunos versos, continúa el vate:

Salve soledad tranquila,  
Donde la fuente parlara  
Y los árboles movidos  
Del blando céfiro suenan.  
A tí se acoge mi musa,  
Que gime de horror y tiembla  
Al ver á los españoles  
En fratricida pelea.

Después de otros doce versos, que omitimos, leemos lo siguiente:

Tiempo feliz ya pasado!  
Estas mismas cantilenas  
Sonaron del Guadalupe  
En las mágicas florestas.  
Entonces, ay! en mi frente



Brillaba la Primavera,  
Y al español venturoso  
La paz reía halagüeña.  
Ufano más que un monarca  
Con su cetro y su diadema,  
Mi cabaña y caramillo  
Mi tesoro y gloria eran.  
Mas luego, cual inflamado  
Estalla furioso el Etna,  
Las enconadas pasiones  
Disparáronse violentas.  
Ruge la feroz discordia,  
Y sacudiendo su tea,  
Cual mies por el sol tostada  
Arden ciudades y aldeas.  
Hasta las chozas humildes  
El fatal incendio llega,  
Sin que de escudo les sirvan  
El retiro y la pobreza.  
De tan ensañado golfo  
En la terrible tormenta,  
¿Quién el batel de su dicha  
No vió estrellarse en la arena?  
Adios, deliciosos prados,  
Adios fuentes y riberas,  
Do creció pura y lozana  
La flor de mi adolescencia.  
Adios albergue querido,  
Adios, morada risueña,  
De cuyo seno lanzóme  
La crueldad de mi estrella.  
Desde entonces, ay! errante  
Por los campos de la guerra,  
Día y noche, cara patria,  
Tu suerte deploro adversa.  
Mas un instante al olvido  
Memorias dando funestas,  
Tal vez la magia del canto  
Adormecerá mis penas.

Todos los versos que escribió el vate aragonés en el ejército del Norte y en el de la izquierda que operaba en las montañas de Santander, todos ellos respiran el amor más ardiente á la paz y concordia entre todos los españoles; y por consiguiente, en todos ellos aparecen deseos vivísimos de ver terminada la guerra civil, que devastaba á España en aquella desventurada y desastrosa época. Ocasión tendrán nuestros lectores de hacer esta observación por sí mismos, cuando lean otras poesías del Sr. Bono Serrano, que les daremos á conocer en estos artículos.

Desde el pequeño puerto de Santurce, próximo á Portugalete, salió en el verano de 1837 con su batallón en dirección á Santander, que dista pocas leguas. Se embarcaron en algunas gabarras por no haber á mano otros buques mayores. La mar estaba tan gruesa, y el viento contrario tan furioso, que se rompió el mástil y quedó destrozada la vela de la embarcación en que iba la plana mayor, y por consiguiente el poeta con el Práctico que les acompañaba. Viendo éste que era del todo imposible entrar en la bahía de Santander, aunque no sin peligro inminente de naufragar, porque algunas de las gabarras estaban ya rebosando agua por todas partes, y sobre todo sin las velas, por haberlas destrozado el viento huracanado, mandó volver atrás, y entraron de arribada en la playa de Castroudiales, empapados todos desde el coronel al último trompeta de agua del mar y de agua del cielo, pues poco antes de arribar á Castro cayó un diluvial aguacero, contra el cual no tenían defensa ni abrigo alguno los desgraciados mareantes.

Después de este poco agradable suceso, ocurrieron otros al poeta aun más tristes y aciagos. Acababan de ser asesinados bárbaramente en Pamplona el general Sarfield y el coronel Mendivil, y en Miranda de Ebro el general en jefe Ceballos Escalera. Cundiendo desgraciadamente el fuego de la insurrección y de la discordia en Vitoria, tuvieron la misma suerte que aquellos desgraciados el comandante general de Alava D. Liborio González, el jefe de estado mayor Lopez, Arandia, presidente de la Diputación provincial, el diputado Cano, el teniente coronel Arroyo, el periodista Aldama, hermano del general, y otros. Todas estas inocentes víctimas del furor y encono revolucionario, fueron indecorosamente aglomeradas en dos carros de la basura, y D. Gaspar Bono fué el único sacerdote que, por orden del subdelegado castrense, las acompañó al cementerio, donde fueron enterradas sin la decencia y solemnidad cristiana con que debieron ser colocadas en el sepulcro.

Muy pocos días después de tan lamentable y desastrosa tragedia, el segundo batallón del *Inmemorial* se insurreccionó en su cuartel de Santo Domingo de Vitoria con-

tra un sargento que acababa de apalear á varios soldados. Habiendo podido calmar á los amotinados el segundo Comandante D. Mauricio Rengifo, restableciendo el orden y la disciplina militar en el batallón, se formó un consejo de guerra, y tres de los más culpados entre los que habían querido matar al sargento, fueron sentenciados á ser pasados por las armas. Puestos en capilla aquellos desgraciados, tuvo D. Gaspar la triste misión y el tristísimo deber de confesarlos, de prepararlos para una cristiana muerte, y de acompañarlos al suplicio. Estaban los reos en capilla, separados uno de otro, y en salas muy capaces, con grandes rejas que daban á la calle. Las puertas de las tres salas tenían una pequeña rejilla, por la que un centinela de vista observaba á los infelices reos. Dos de estos, no bien les leyeron la fatal sentencia, y les habló su párroco el santo lenguaje de la religión, y en el divino y dulce nombre del Crucificado, los exhortó á la resignación, para que se confesasen como cristianos; dóciles á las paternales voces de su pastor, pidieron ellos mismos el Santo Sacramento de la Penitencia, confesándose muy arrepentidos con el Sr. Bono Serrano. Tan laudable ejemplo de conformidad cristiana no fué desgraciadamente imitado por el otro reo, que era alpujarreño, veterano, y de más edad que sus dos compañeros de infortunio. Algunos paisanos suyos le solían decir en broma, que había sido contrabandista antes de ingresar en el *Inmemorial*. Este desgraciado, desde que entró en capilla, dijo resuelta y audazmente, que no se confesaría, porque no quería perdonar al sargento que había promovido la sublevación del batallón con su crueldad en castigar á los soldados. Lo que trabajaría D. Gaspar para ablandar el corazón empedernido de aquel hombre, lo dejamos á la consideración de nuestros lectores. En una de las ocasiones que el sacerdote lo dejó solo, para ver á los otros dos infelices, el desalmado alpujarreño pidió por la citada rejilla una navaja de afeitar al centinela de vista, diciendo: *que la quería para suicidarse, á fin de no morir en un patíbulo*. El centinela, que era paisano suyo, tuvo la cruel é impía condescendencia de acceder á sus criminales deseos. Tomó la navaja el desdichado, y se la guardó en la faldriquera. Volvió á poco rato el cura, y comenzó de nuevo sus piadosas exhortaciones para conseguir que se confesara el reo. Después de muchas horas del más improbo trabajo, al fin logró el Sr. Bono lo que tanto había deseado. Se confesó el alpujarreño. Entonces el Capellán, viendo por otra parte que ya anochecía, y que el reo pedía la cena, llamó á los hermanos de la Paz y Caridad para que se la sirviesen, como lo hicieron sin pérdida de tiempo. El preso pidió á su capellán que le acompañase en la mesa y cenasen juntos. Así lo hizo D. Gaspar, reprendiendo amorosa y paternalmente á su feligrés en su empeño de beber tanto, con el fin de embriagarse. No se enojó por eso el alpujarreño, ni aún cuando ordenó su párroco que retirasen la botella del vino. Terminada la cena, se retiraron los hermanos de la Paz y Caridad, y quedó otra vez á solas D. Gaspar con el reo, dando largos paseos con él por aquella sala inmensa. Al poco rato, viendo el cura bostezar á su feligrés, le dijo cariñosamente que podía acostarse en la mullida cama que allí tenía preparada, y que si lograba dormir algunas horas, nada sufriría durante el sueño, como sufría estando despierto. No le pareció mal el consejo al desdichado, y desnudándose del todo, se metió en la cama, que como preparada por la Paz y Caridad, era magnífica. Apenas el alpujarreño reclinó la cabeza en la almohada, comenzó á dormir y á roncar muy sosegado. Viendo aquel inesperado cuadro nuestro poeta, se salió de puntillas de la habitación, y fué á visitar á los otros dos infelices, que seguían tan resignados y contritos como desde un principio se habían mostrado.

Más á la media hora de dormirse y roncar el desventurado alpujarreño, dió un salto de la cama, y empuñando la navaja de afeitar, y dando carreras en camisa por la sala, como un loco furioso, comenzó á dar descompasados gritos, diciendo entre blasfemias y juramentos: *Ahora, ahora quisiera yo ver al cura á mi lado. Ahora, ahora lo confesaría yo á él y lo absolvería con esta navaja. Ahora, ahora.....* A los gritos acudió el Oficial de guardia, y entrando en la sala veinte soldados con los fusiles y bayoneta calada, pudieron á duras penas desarmar al alpujarreño, lo que consiguieron arrojándole á un tiempo tres ó cuatro capotes á la cara y por la espalda, pues amenazaba frenético degollar al que se le aproximase. Como estaba desnudo, lo volvieron á la cama y lo encadenaron con esposas y grillos. Llamando al Médico del batallón le dió un eficaz calmante, y quedó otra vez profundamente dormido y roncando. Llegó entonces el Sr. Bono Serrano, y supo con asombro lo que acababa de suceder.

Cuando volvió á despertar el reo y se vió con grillos y esposas, y le contaron el suceso, prorumpió en amar-

guísimo llanto, y más al ver que su Capellán rogó con encarecimiento al Oficial de la guardia y al alcaide que le quitasen las prisiones. Consultado el delicado asunto con el Médico que estaba presente, fué éste de opinión contraria que el Párroco. A pesar de esto, tanto instó á la madrugada siguiente Bono Serrano, que logró que aquel infeliz, libre de aquellos hierros, se volviese á confesar con visibles muestras de sincero arrepentimiento, comulgando como los otros dos en la Misa que dijo su Pastor en la capilla. Finalmente, aquel infeliz y sus dos compañeros fueron fusilados junto á los muros de Vitoria, recibiendo todos la muerte con edificante y cristiana resignación.

(Se continuará.)

DOMINGO HÉVIA.

## LA MOMIA DE SANTA EULALIA.

### I.

Esta es la casa de Estrada  
Fundada en este peñasco,  
Más antigua en la montaña  
Que la casa de Velasco,  
Y al rey no le debe nada.  
(T. de A.)

Entre los sorprendentes paisajes que nos ofrecen á cada paso las nobilísimas montañas de Asturias, difícilmente se puede imaginar nada más grandioso, nada más bello y fascinador que el histórico concejo de Piloña, milagrosa é ilustre cuna de la monarquía española.

Ante el sorprendente espectáculo de aquella naturaleza gigante, el cerebro se exalta, la inspiración brota, el pensamiento se eleva lleno de admiración hacia el Omnipotente, creador de tantas maravillas, y el hombre más descreído y maldiciente, dobla la cabeza reconociendo su pequeñez y su miseria.

Aquí teneis la montaña con sus vertientes de granito, con sus sombrías gargantas y sus valles encantados cubiertos de verdura, bosquecillos de nogales y manzanos, ríos caudalosos, románticos y frágiles puentecillos, suspendidos sobre el abismo, árboles gigantes, fuentes cristalinas y sonoras, y por todas partes esa vegetación exuberante y misteriosa, esa vegetación sin rival, cuya grandeza produce siempre en el alma un sentimiento inexplicable, una especie de vértigo.

Y allá á lo lejos, por encima de los valles y colinas, perdiéndose en las nubes como el pensamiento, las altas cumbres del Auseva con sus tradiciones y sus espíritus, con sus batallas y sus victorias, trono maravilloso trazado por la augusta mano de Dios en las espesuras de la sierra, para servir de pedestal al valeroso campeón de la reconquista.

En uno de los más frondosos valles del concejo de Piloña, y no lejos de la risueña aldea de San Roman, descollaba por los años de 1820 un soberbio palacio feudal, cuyos ilustres poseedores, señores en otro tiempo de horca y cuchillo, eran todavía en aquella época los dueños de un vastísimo patrimonio diseminado por las alturas del concejo de Caso, y especialmente por las feligresías de Argandenes, de San Roman y de San Juan de Berbio.

Situado, como casi todos los castillos feudales, en una pequeña eminencia, y dominando por completo los caminos de las aldeas inmediatas, el palacio se levantaba por encima de todos aquellos blancos caseríos esparcidos entre los matorrales, como la verdadera sombra del feudalismo, que al exhalar el último suspiro arrojaba todavía una soberbia y despreciativa mirada sobre sus humildes terratenientes.

Abelidas en España las costumbres feudales, despojados los nobles de sus derechos de mesnada, el castillo fué poco á poco cegando sus fosos, rasando sus almenas y perdiendo sus primitivas formas, hasta convertirse en el palacio señorial que, perteneciendo á la ilustre familia de los Abarcas, se designaba entonces, no sabemos por qué, con el nombre de *Torreón de Santa Eulalia de Inés*. (1).

El palacio de Santa Eulalia de Inés, reedificado en el último tercio del siglo pasado, era un gran edificio cuadrado y rodeado al Poniente y Mediodía por extenso jardín, sobre cuyos macizos y cenicientos muros se alzaban graciosos torreoncillos de estilo semigótico.

El palacio constaba de tres cuerpos, la planta baja, el piso principal y el coronamiento. La planta baja, iluminada por grandes rejas, formaba en derredor del gran patio interior una extensa galería de habitaciones cómodas, alegres y ventiladas, y en cuya uniformidad había sin embargo mucho de conventual.

En la parte que daba á los jardines, y bañados por las hermosas luces del Mediodía, estaban situados el come-

(1) *Santa Eulalia de Inés*, antiguo nombre de la parroquia de Ques, situada á corta distancia del Infesto, y donde los Abarcas habrían poseído algún coto ó señorío.



dor, la sala de armas, la sala de juego y la biblioteca, nutrida de apolillados pergaminos y celebrados infolios de caballería.

En el piso principal, decorado por un hermoso balcón de hierro, el gran salón vestido de damasco encarnado, un tanto pálido y deslucido ya por el tiempo, el estrado con su enorme chimenea de mármol, las habitaciones de los señores y el oratorio.

El coronamiento ó segundo piso estaba formado por una inmensa galería gótica, en la que había, como en la planta baja, un sinnúmero de celditas uniformes y risueñas, coronadas por un terrado ó azotea de pizarras, entoldado de melancólicas pasionarias y odorífera madre-selva.

La fachada del palacio descansaba sobre una galería de columnas que formaban un espacioso y aristocrático vestíbulo.

Corría el año de 1820, y España, libre ya de las zozobras y sinsabores de la guerra, se agrupaba gozosa en derredor del trono del joven rey Fernando el Deseado.

Las convulsiones políticas, la revolución que se había verificado en las costumbres, contaminadas con la invasión francesa, la fiebre que hacía hervir las inteligencias impulsándolas á hundir en el olvido todo recuerdo de las antiguas prácticas, habían impreso en aquella época llamada de libertad, un sello incontestable de movimientos de ansiedad, de progreso, de descentralización, de esa descentralización elástica que empieza por los prédios y las fincas rústicas, y acaba por la familia.

Y sin embargo, en medio del torbellino que amenazaba sepultar entre sus arenas á la vieja Europa, para hacer surgir de entre sus escombros una nueva tierra de promisión, los afortunados habitantes de las montañas habían conservado íntegra su fé, sus tradiciones y sus envidiables costumbres patriarcales.

En pleno siglo XIX, el palacio de Santa Eulalia era un verdadero palacio señorial con sus devociones, sus cacerías, sus juglares y su joven castellana, hermosa y hospitalaria como ninguna.

Don Mendo Abarca y Llanes, señor feudal de un extenso territorio en los concejos de Caso y de Piloña, y cuyas virtudes le habían conquistado el renombre de Don Mendo el Bueno, era el verdadero tipo del noble antiguo, con su honradez intachable, su generosidad innata y sus costumbres señoriales, que había conservado incólumes, tales como las había recibido de manos de sus ilustres progenitores.

Suficientemente rico para no ocuparse nunca del porvenir, acostumbrado desde niño á oír de boca de su madre que el señor ha nacido para ser la Providencia del pechero, D. Mendo Abarca, después de haber brillado algunos años entre los Guardias de Corps del rey D. Carlos IV, y de haber sido durante largo tiempo el galán de la moda en la capital de Asturias, pasaba tranquilamente la vida entre sus libros, sus jardines, sus hermosas obras de caridad y sus cacerías á los celebrados picos de las cercanías.

En la época á que nos referimos, D. Mendo, que frisaba ya en los cuarenta años, era un caballero alto, pálido, de gallarda presencia y agraciado rostro, al que presentaban nueva expresión de bondad dos grandes ojos azules y simpáticos, velados casi siempre por una dulce melancolía.

Casado hacía ya seis años con la rica hembra doña María Velazquez de Acebedo, que unía la riqueza á la juventud y la juventud á la hermosura; D. Mendo, que cifraba toda su ambición en un heredero de sus títulos y riquezas, había visto morir en pocos meses á sus tres hijos, siendo aquella dolorosa é irreparable pérdida la única nube que había empañado en seis años el horizonte conyugal.

Después de la muerte de sus tres hijos, D. Mendo, que era uno de esos maridos perdidamente enamorados de sus mujeres, no pensó ya más que en distraer á doña María de su profunda tristeza, llevándola consigo á cazar los osos y los jabalíes en las alturas de Cofio y Covadonga, y rodeándola de músicas, doncellas y juglares.

Doña María Vazquez de Acebedo, la hermosa rica hembra, orgullo de las montañas de Asturias y Leon, era una de esas bellezas sin rival que deslumbran á los quince años, que seducen á los veinte, que enamoran á los treinta y que llevan uncidos al carro de sus triunfos á los hombres de más valía, en esa edad en que las sienes empiezan á deprimirse y los cabellos á salpicarse de ténues hebras de plata.

Gallarda, esbelta, orgullosa como una reina, doña María dominaba en todas partes por su linaje, por su hermosura, y sobre todo por la magnética mirada de sus hermosos ojos negros, que centelleaban como dos luceros sobre su rostro pálido y ovalado.

Sus labios, gruesos y encendidos, estaban siempre animados por una sonrisa encantadora, y que tenía mucho de incitante y provocativa; sus negros y abundantes cabellos, ora la envolvían como un ancho manto de seda, ora se rizaban en millares de anillos, aprisionando en ellos los corazones.

Espiritual, oportuna y dotada de una extraordinaria vivacidad, doña María era á la vez la más rigurosa esclava de la etiqueta, sin que por nada ni por nadie dispensase jamás á sus criados, que por un lapsus lingue llamaba con frecuencia *siervos*, del más estricto ceremonial.

Hemos dicho antes que en pleno siglo XIX, el palacio de Santa Eulalia era una verdadera mansión señorial, una sombra de las costumbres de la Edad Media, sombra que había desaparecido ya de todas las demás provincias de España, con sus grandezas y sus miserias, con su opresión y su libertad, con su egoísmo, su galantería y su hospitalidad sin ejemplo.

En su afán de conservar íntegras las costumbres feudales, don Mendo Abarca sostenía en su palacio una servidumbre numerosa, que hubiera hecho honor á un monarca.

En las galerías del piso bajo y hacia la parte de Poniente, habitaban los pajes, los criados de sala y mesa, el repostero, los juglares, los monteros, los ojeadores y algunos mozos de labranza. Al Norte, las cocinas, las caballerizas, los establos y la herrería.

Al centro del ala del Mediodía estaban, como hemos consignado ya, el comedor, la sala de armas, la sala de juego y la biblioteca.

El comedor era un gran salón cuadrado y alegre, pintado al estilo churriguero, y en cuyo centro se alzaba una gran mesa de encina, sostenida por ocho piés macizos y rodeada de llamadores de hierro.

Grandes sillones señoriales de baqueta los unos, de verdugado los otros, ocho cornucopias doradas y dos grandes aparadores de encina, donde brillaban confundidas antiquísimas porcelanas con jarrones y salvillas de peltre, completaban aquel mueblaje ó decorado, en el que cada siglo había ido imprimiendo su sello caprichoso y heterogéneo.

La saleta de armas ó armería, pequeña, cuadrada y vestida de cuero leonado, ostentaba todavía en sus lienzos algunas armas de la Edad Media, dos ó tres corazas y algunos cascos y lanzas, en su mayor parte mohosas y destrozadas ya.

La sala de juegos era un precioso y alegre gabinete tendido de damasco verde y oro, y que más bien que sala de juego, era la residencia favorita del señor, que pasaba en ella la mayor parte de las horas.

En aquel alegre y esplendoroso gabinete inundado de luz, veíanse dos grandes mesas de juego completamente abiertas y ostentando sobre sus raídos tapetes de bayeta verde, preciosos juegos de agudez y de tresillo, barajas, kaleidóscopos de marfil y de lapislázuli.

Allí estaba el escritorio incrustado de ébano y nácar, y cubierto de piezas de música, de recibos de los colonos y cuentas del gasto diario, el gran sillón señorial con sus escudos y su antigua corona de conde, la viola de amor de D. Mendo, con que entretenía este sus ratos de ocio, la jaula de las tórtolas, el reclamo y la red para la caza de codornices, la escopeta de pedernal con su cabeza de javalí esculpida en el remate de la culata, dos bolsas de cuero y un enorme cuerno de caza con bellísimas esculturas y aros de plata maciza.

Los taburetes y el camapé estaban cubiertos de badana verde claveteada de oro.

La disposición del gabinete era magnífica. Una gran puerta de cristales daba salida al jardín, al que se bajaba por una escalerita de jaspé, vestida por ambos lados de enredaderas y jazmines.

La biblioteca, desierta y empolvada, estaba en un completo desorden, porque apesar de que el padre Hilario, capellán de honor del castillo, era un santo varón tan activo como estudioso, no podía sin embargo, cumplir á medias con los cargos de capellán, bibliotecario, maestro de ceremonias y mayordomo mayor, con más los de hacer á D. Mendo la partida de ajedrez, acompañarle con el violín, escoltar á la señora en sus escursiones campestres, predicar á las doncellas y enseñar á los criados la doctrina cristiana.

Todas las demás habitaciones de la galería, aunque habilitadas con su cama, su mesa, y su antiguo taburete de nogal, estaban vacías. Eran las habitaciones llamadas en el palacio, *de los peregrinos*.

Desde tiempo inmemorial, la torre de Santa Eulalia de Inés abría sus puertas á todo caminante que se encontraba sin asilo donde pasar la noche.

El salón del piso principal, vestido de damasco carmesí y rodeado de antiquísimos escaños sin respaldo, ofrecía un aspecto triste y solitario, producido tal vez por la

absoluta carencia de esas mil frivolidades deslumbradoras que constituyen hoy la parte más bella del mobiliario de los salones.

En los cuatro ángulos hacían centinela grandes estatuas de mármol negro que representaban las virtudes cardinales. A la cabeza del salón dormía triste y empolvado un gran piano de cola, al que doña María no se acercaba nunca, porque según la tradición, una de sus predecesoras había muerto tísica.

Por esta misma causa, doña María, que había hecho clavar las puertas del cuarto de la difunta, renunciando de buen grado á todo su lujoso mobiliario, atravesaba siempre al vuelo el salón, fijando en los antiguos retratos de familia una mirada recelosa, y exclamando con una especie de miedo:

—Dios mío! cuán triste es esta estancia!

Las habitaciones de los señores, aunque situadas ambas al Mediodía, estaban separadas por una serie de cuartitos, alcobas y saletas que constituían una verdadera separación.

Las de D. Mendo, sencillas y modestas hasta un extremo que contrastaba notablemente con su preclara estirpe, estaban alhajadas con antiquísimos taburetes, grandes armarios de encina y una cama con sobrecielo de verdugo carmesí, que tenía mucha semejanza con la cama imperial que usamos en Madrid para nuestros muertos.

Los únicos adornos que en ellas se veían, era un colosal espejo de talla incrustado en la pared, un reclinatorio de terciopelo de color oscuro y algunos santos pintados al óleo por los grandes maestros de la escuela española.

En cuanto á las habitaciones de doña María, ya era otra cosa: un gran lecho de maderas finas oculto entre colgaduras de raso amarillo, taburetes de brocado de oro, reclinatorio de terciopelo de púrpura, y por todas partes cornucopias, arañas de cristal, medallones magníficos, cómodas de ébano y plata, y cuanto de más bello pueden ofrecernos los más espléndidos palacios de la nobleza de sangre.

El tocador, circundado por una guirnalda de rosas de marfil, estaba colocado en un bellísimo gabinete circular embalsamado por el ambiente de los jardines.

A los lados del tocador se alzaban dos bellísimos cupidos de mármol blanco, sonriendo al precioso nido de tórtolas que acababan de aprisionar.

El resto del gabinete estaba rodeado por un diván celeste, guarnecido de franjas de oro.

El oratorio, situado hacia el medio del edificio, entre las habitaciones de ambos esposos, estaba adornado con arrogante sencillez.

Enfrente se destacaba un hermoso cuadro de la Virgen de Covadonga, á cuyos piés se alzaba un gran crucifijo de marfil. Dos reclinatorios y dos siales de terciopelo carmesí hacían frente al altar, sobre el que brillaban seis grandes candelabros de plata.

Al pié de los siales había hasta diez pequeñas alfombras de tapicería para las diez doncellas ó camaristas de la señora, y que para serlo necesitaban aducir ántes las pruebas de hidalguía.

En cuanto á los demás criados, la etiqueta no les permitía traspasar los umbrales del oratorio, yendo todos á oír la misa en las feligresías de San Roman ó de Argandenes.

En la galería del coronamiento habitaban todas las camaristas, señoritas pobres, á las que la Castellana mantenía, vestía y calzaba, pero sin que devengasen sueldo alguno.

Este rebaño de jóvenes doncellas estaba regentado por el padre Hilario, que les predicaba el Evangelio dos veces á la semana, y por la señora Pepa, doncella sexagenaria que desempeñaba las funciones de dueña, llevando siempre el histórico traje negro, y la cabeza cubierta con un pañuelo de muselina que hacía veces de toca.

Tal era en el año 1820 el palacio señorial de Santa Eulalia de Inés.

(Se continuará.)

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

## PÁGINAS MARINAS.

LA NAVE.

I.

Qué es la nave? Qué alma oculta hay en su seno? ¿Qué significa ese mecanismo, esa especie de criatura esbelta, audaz, sufrida?

Es un poema; es un monumento de la civilización; es la civilización misma.



Quién la mueve?  
Dios.

Habéis navegado? Habéis visto pasar de noche cerca de vuestro buque otra embarcación que se deslizaba silenciosa, como un fantasma ideal, vaporoso?

Yo he contemplado muchas veces esas apariciones. Una luz primero; después un cuerpo de contornos indecisos; después un casco oscuro; un velamen tendido; sombra y reflejos; color blanco y tonos casi negros...

Era un buque.

Pasaba; disminuía luego; desaparecía por último.

¿Adónde iba?

## II.

Todo lo que pertenece al dominio de la antigüedad se halla envuelto en la duda de la fábula, y esto precisamente ha sucedido con la navegación.

Nadie sabe de un modo exacto quién fué el hombre que surcó el primero las aguas, ni cuál fué la primera nave; y mientras un autor habla de cierto personaje que unos dos mil años antes de Jesucristo se lanzó al mar sobre el tronco de un árbol huyendo de un terrible incendio que devastaba la selva de Tiro, Homero menciona en su *Odisca* á Ulises, que construye una balsa.

Heredoto hace referencia de las barcas egipcias, que eran de cañas ó juncos revestidos de cuero ó papiro.

Los griegos y los asirios tuvieron embarcaciones desde una época remota.

En tiempo de Sesostris las construcciones navales recibieron una mejora, pero la verdad es que durante varios siglos fueron estas poco perceptibles.

El remo era el alma del buque: la vela ocupaba relativamente el segundo lugar, y por consecuencia, el movimiento de impulso exigía casi siempre una fuerza muscular considerable.

La conquista del mar, como toda obra incipiente, representaba entonces un sacrificio; y es que sin duda ha querido la Providencia poner á prueba la energía del hombre antes de entregar á su imperio los tesoros de la creación.

Infeliz el que revelando una sensible miopía intelectual, no alcanza á conocer el fondo útil y filosófico de los obstáculos que continuamente surgen ante las grandes empresas.

La galera fué por espacio de mucho tiempo la nave que recorría el Mediterráneo, y como todas las embarcaciones griegas, era objeto de una solemnidad religiosa cuando llegaba el momento de botarla al mar.

Los marineros aparecían coronados. La nave, engalanada con flores, sufría la purificación por medio de azufre y huevo, y terminada esta, el sacerdote la consagraba á una divinidad.

Vemos, pues, que en todo tiempo la nave ha despertado ideas profundas; que su existencia de combates inspiró á todas las generaciones un sentimiento religioso, acaso como símbolo de la aproximación misteriosa que parece existir entre el cielo y el mar.

Encerrarse en el reducido espacio de un buque; recibir las caricias ó los ataques de las olas; ver que desaparecen las costas; que enmudecen los sonidos, y encontrar por único horizonte la remota línea de las aguas, es terrible y patético y justifica la consagración del buque.

## III.

En todas las obras humanas aparece un punto culminante que absorbe y compendia los esfuerzos anteriores

á ese mismo punto, y borra, por decirlo así, cuantos componentes habían servido para su elaboración, como si las dificultades prolijas, los ensayos fecundos, los embriones primitivos, representasen páginas dolorosas que conviene olvidar.

El vapor, maravilla de las construcciones náuticas, se encuentra en este caso.

Antes de su aplicación á los viajes marítimos, hubo en tiempo de los cartagineses y de los romanos buques de ruedas movidas por hombres; primera etapa de una idea que más adelante recibió forma determinada y sorprendente, cuando Papin en 1695 propuso utilizar el vapor, y en 1707 hizo el primer ensayo con un barco de ruedas con paletas.

Pero la última palabra no había sido pronunciada: los ensayos siguieron con algunas intermitencias, y en 1835 y 1836 Smith y Ericsson emplearon la hélice.

El éxito fué extraordinario; la transformación había llegado á un límite colosal.

La importancia del barco de vapor es científica y prác-

nal de Suez, del cable submarino y del ferro-carril de las llanuras americanas.

Esta poderosa nave, remedo del pueblo inglés que tiene por lema la frase *facta non verba* (obras, no palabras), es una magestuosa piedra miliaria erigida en el camino del progreso, y puede con orgullo recitar sus campañas oceánicas que han servido para tender el alambre telegráfico sobre el lecho del mar.

## V.

La nave, como elemento de transporte, es una verdadera maravilla; es el vehículo de la paz; desarrolla el tráfico y la industria; pone en movimiento la riqueza y cumple una misión admirable.

Descubre, civiliza, da á la ciencia la luz y favorece un día y otro las relaciones de los pueblos entre sí.

Esa obra, que podemos llamar sublime, se realiza en el silencio y es el *anima vilis* el buque, impulsado por la inteligencia y el valor de un puñado de hombres reuni-

dos en el interior de un casco de hierro y madera, altar muchas veces y sepulcro muchas veces también.

Dichosa nave! yo te adoro; cuando despojada del aparato mortífero de las flotas guerreras, surcas las olas sin enviar á la plaza marítima el saludo de los cañones, sino del oriflama erguido en los mástiles y acariciado por la brisa. Yo te adoro cuando desafías la tempestad y sufres los rigores de las horas crueles, nunca bastante poderosas para romper tu energía, para arrancarte la fé y la esperanza.

El perfeccionamiento de la nave representa algo más que una

mejora material: equivale á la traducción visible de la célebre frase de Pelletan *el mundo marcha*.

No hay duda; *el mundo marcha*; la nave lo lleva consigo en el seno de la caldera de vapor, en la cavidad de la vela henchida por el viento, en el fondo de la cala donde se amontonan los fardos del comercio.

Cada una de esas masas, producto del trabajo, sirve para ensanchar el círculo de los conocimientos humanos, y un día la sociedad tiene derecho á inquirir el resultado positivo y fecundo de la peregrinación de la nave, de su paciente valor en los combates del mar.

La nave es el átomo que agregado á otros átomos se convierte en una obra perfecta.

Desde el primitivo tronco hasta el poderoso vapor transatlántico media un mundo; y sin embargo, estudiad las modificaciones que ha sufrido el tronco y vereis una *agregación*, ó en términos más precisos, el desenvolvimiento de una misma idea, merced á una gradación lógica y constante.

La historia de la nave es la historia del hombre, ya considerado como individuo, ya como sociedad. En ambos casos el mismo fenómeno se reproduce un día y otro y siempre, porque el progreso es ley de la creación.

Todos progresamos, quién lo ignora? quién lo duda? quién lo niega?

El hombre! La nave!

El alma dominando la materia! ¡La fé triunfando de sus enemigos!

He aquí el círculo en que se agita la sociedad.

Ensanchadlo; prestadle espacios infinitos; trabajad; trabajemos por el hombre y por su compañera la nave.

AUGUSTO JERÉZ PERCHÉT.



UNA ESCUELA ÁRABE.

tica. El cálculo previo del itinerario; la exactitud del tiempo que debe durar la travesía, son condiciones que para el comercio equivalen á una conquista de primer orden.

Hé aquí la razón de que tantas veces arrosten estos buques el peligro como si fueran invulnerables á las amenazas del mar.

Si la nave tuviera entonces un lenguaje, diría á los que admiran su valor:—"Necesito partir: el telégrafo ha anunciado mi viaje; me esperan en un día fijo, y mi tardanza puede ser causa de perjuicios considerables, objeto de inquietudes funestas. La tempestad, qué importa? Tengo fé y no olvido mis deberes sagrados. Dejadme luchar con las olas y con las ráfagas del viento.

## IV.

Hay en la humanidad cierto orgullo que busca ocasiones de exhibirse bajo una forma cualquiera; y si de un lado puede aparecer este rasgo común como flaqueza de la vanidad, significa al mismo tiempo noble aspiración de medir el exfuerzo inteligente y traducirlo en obras arrogantes.

Véase, pues, el origen de las embarcaciones colosales que con frecuencia han surcado las aguas.

La antigüedad nos ha descrito la galera de Hieron, que tenía 20 órdenes de remos, el buque de Ptoloméo Philopator, cuyas dimensiones le permitían tener bosquejillos de ramaje y de flores y cuya riqueza debió ser fantástica puesto que las velas eran de púrpura y oro.

En el siglo XII existió la *nave de Bizancio*; en los siglos XV, XVI y XVII otros varios titanes, y en nuestros días se nos presenta reclamando con justicia el primer lugar entre todos los buques gigantes, el *Gran Oriental*, encarnación apocalíptica del siglo XIX, del siglo del Ca-





EL CORREO DE LA MODA  
*Periodico ilustrado para las Señoras*  
Plaza de Prim II, 3.



## COSTUMBRES ÁRABES.

Los árabes crían con particular esmero el caballo, que parece oriundo del gran desierto que separa la Siria de las márgenes del Eufrates, y de las montañas situadas en el centro de la península. La casta más estimada es la del Nedjed. También crían el camello, el asno, el búfalo, el buey, el carnero y toda clase de volatería, en particular la paloma. Abunda igualmente la caza, pero hay que ir á buscarla á los montes, en donde se hallan el lobo, el chacal, la pantera, la zorra y el gato montés, y de cuyos espacios se enseñorean el águila, el halcón, la garza real, el buho, el hubara, el avestruz, la pintada y el pavo real.

Los mares que besan sus costas, surten á los habitantes de frescos y sabrosos pescados, y el golfo Árabe y el Pérsico, de mariscos de todas especies, y particularmente de ostras, perlas y múrceos púrpúreos.

Las ciudades son poco considerables y de mezquino aspecto. Los pobres viven en chozas de arcilla; los ricos en casas de piedra con azoteas. La ciudad de Marruecos, en donde reside el Sultán, puede llamarse un montón de ruinas circuido por fuertes muros flanqueados de torres.

Apenas se conserva en pie el palacio imperial, con todas sus dependencias, incluso el serrallo y algunas mezquitas, entre las que descuella la que construyó Muley Abdalla. Lo mismo sucede en Tetuan, Tánger y Argel, por más que el espíritu francés trate de embellecerlas.

Meca y Medina son sus ciudades santas, á las que van en peregrinación todos los años, y Moka es uno de sus puertos más concurridos.

Los árabes, pueblo soñador y poético por excelencia, no gustan del comercio y desdénan la vida práctica; en cambio tienen gran idoneidad para las artes y las ciencias, siendo los únicos que las cultivaron cuando el Occidente se hallaba sumido en la más profunda ignorancia.

Díganlo si no nuestra maravillosa Alhambra, el Generalife, el Albaicín, las vegas de Granada, convertidas en un verdadero paraíso, y tantas y tantas otras preciosidades que nos legaron como muestras de su cultura y de su ingenio.

En el día, apesar de estar aislados y abatidos, se admira aún la variedad, la elevación y la originalidad de sus poesías, la riqueza de sus colecciones históricas y la extensión de sus conocimientos. Como su lengua es extraordinariamente rica en rimas cadenciosas, hacen casi todas sus narraciones en prosa rimada; y sus cantos populares, de los que poseemos nosotros una muestra en el fandango, la caña, la rondeña, etcétera, tienen una melancolía y una dulzura superior á cuanto ha podido imaginar el genio de otros países.

Las mujeres árabes aprenden con suma facilidad cuanto se les enseña, y en prueba de ello, citaremos el hecho de que una institutriz francesa, residente en Orán, ha

fundado una escuela para niñas de cuatro á diez años, escuela que ha llegado á ser muy numerosa en poco tiempo, y en la cual sobresalen las discípulas, aventajando á las europeas, tanto en gramática, geografía é historia, como en la costura, el bordado, la tapicería y demás

las mezquitas privilegiadas y pedir la dicha de ser madre, por medio de ardientes ruegos y ricas ofrendas á los marabouts; pero como su juventud es sumamente corta, pues suele terminar á los veinte años, el resto de su vida lo pasa en la inercia, el abatimiento y la tristeza.

Antes de seguir adelante, debemos consignar que nada hay más lindo y más gracioso en la naturaleza que una jovencilla árabe; y que cuando llega á ser mujer, el óvalo perfecto de su rostro, sus facciones delicadas, sus formas esbeltas, su garganta admirablemente modelada, forman un conjunto encantador é irresistible, de una belleza especial y desconocida en los demás países.

La mujer árabe, si es pobre, amasa el pan, va á buscar agua á la fuente, á cortar leña al bosque, y apura toda clase de malos tratamientos de parte de su marido y de sus hijos, porque el árabe no tiene término medio; considera á la mujer como á una hurí ó como á una acémila, nunca como á una compañera igual á él por la razón y las dotes del entendimiento.

Cualquiera que sea la posición de las jóvenes, se casan muy pronto, llegando á ser madres á los nueve ó diez años. Cuando ya está tratado el casamiento, el futuro esposo lleva á la tienda del padre de la que ha de ser su mujer, el presente que la destina, que suele consistir en ganado, y es fórmula que le pregunten cuánto le ha costado la esposa, y que él conteste, que una mujer prudente y laboriosa nunca es cara. Luego pasean á la novia por el lugar montada en un caballo de su marido, y con grandes gritos de alegría la conducen á la tienda de éste. Allí le presentan una bebida compuesta de leche y miel, y mientras ella la saborea, sus compañeras bailan y cantan en su derredor, augurándole mil felicidades. Por último, la presentan un bastón, que la novia planta en la tierra lo más hondo que puede, y la dicen: Así como ese bastón no puede salir de ahí si no le quitan, así no debes dejar á tu esposo si él no te despidе.

Este uso demuestra que se permite el divorcio, pero existe la poligamia.

Los árabes, que con sus conquistas militares, religiosas é intelectuales, extendieron su dominio en las tres partes del mundo conocido, difundiendo el Alcorán y haciendo que acatasen la media luna, fueron avasallados y sometidos en Asia por los turcos y mogoles, que imperan aún en Constantinopla, y en Africa por los moros, que hacia el siglo XII fundaron un poderoso reino en las cercanías del Monte Atlas, y que todavía subsiste con el título de imperio de Marruecos.

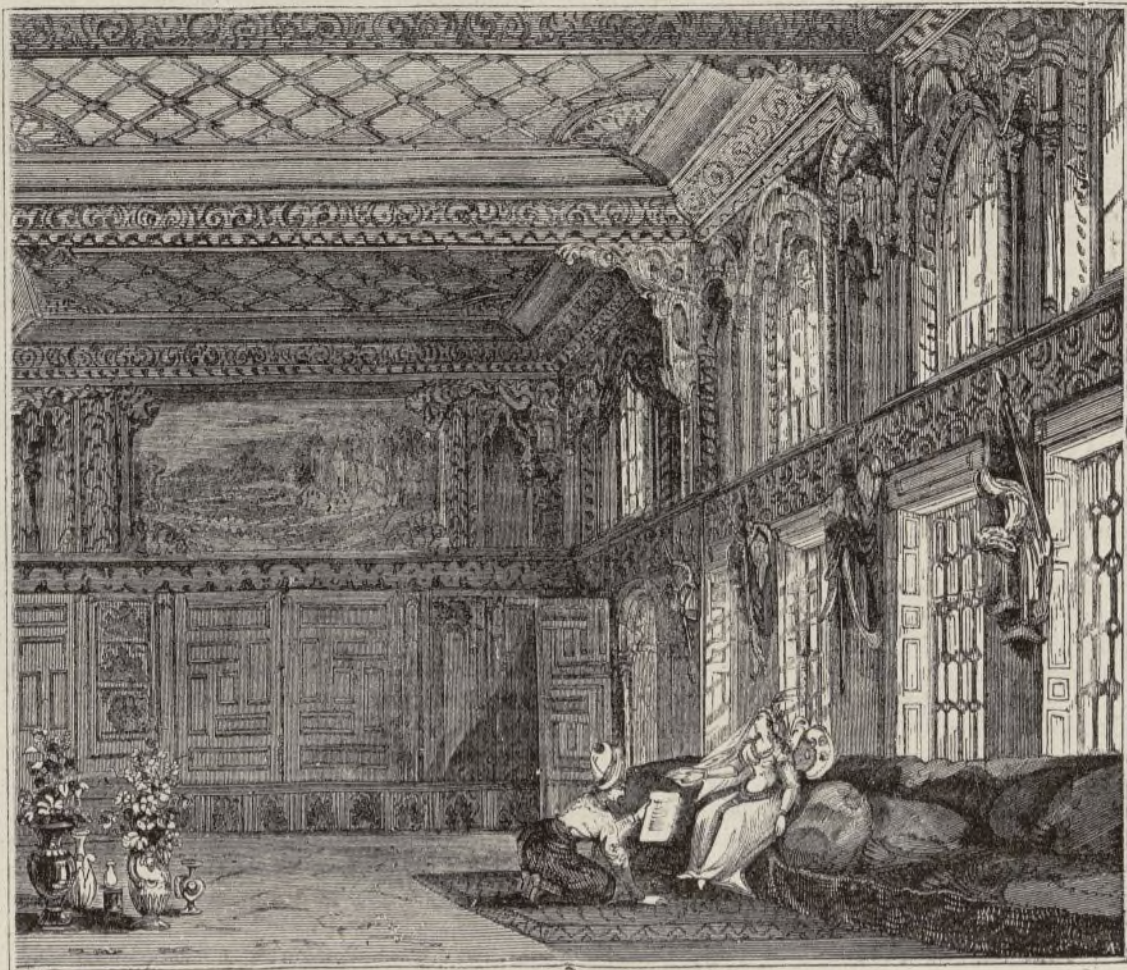
Hoy, pues, al árabe que quiera respirar las vitales auras de libertad, que quiera gobernarse por sus propias leyes, y poner en prác-

tica sus patriarcales costumbres, no le queda más recurso que retirarse á los desiertos de arena y hacer una vida nómada, yendo de oasis en oasis montado en su camello y llevando consigo su humilde tienda de pieles.

¡Hé aquí á lo que ha quedado reducida su preponde-



ÁRABE RICO.



ESCENAS DEL HAREM.

labores femeniles. La mujer árabe de buena posición, casi nunca sale del harem.

Cuando es joven, consagra casi todo su tiempo al baño y al tocador, para sobresalir entre las demás mujeres de su marido y llamar su atención; si sale es para visitar



rancia, su civilización, su riqueza! ¡Hé aquí lo que resta de aquel pueblo valeroso, caballeresco é ilustrado, que ha llenado los ámbitos del mundo con la gloria de sus hechos!

Si no ha consentido en confundir su sangre con la de sus diversos opresores, otomanos, negros ó europeos, si no ha cruzado su noble raza con otras razas degradadas, si, en una palabra, no se ha sometido al yugo, vejeta solo, triste y en la ignorancia.

¡Ah cuán cierto es lo que decíamos al principiar este artículo, que la historia encierra grandes y terribles lecciones, que debe estudiar con sumo detenimiento la soberbia humana!

ANGELA GRASSI.

## BIBLIOGRAFÍA.

LA CRUZ DE EVA,

por

ABDON DE PAZ (1).

Cuando hace algunos años un escritor francés, observador profundo, que es hoy una de las glorias literarias más legítimas de nuestros vecinos de allende los Pirineos, daba á la estampa un estudio de ciertas costumbres de su tiempo, en el que juegan las pasiones un papel peligroso, en el que los sentidos usurpan el puesto á las pasiones, en el que la materia ocupa el lugar del espíritu, en el que el amor físico anonada y pulveriza el amor moral, ageno, bien ageno estaba de presentir la funesta influencia que su libro ejercería en las corrientes y tendencias de los escritores de su época.

Contra todo lo que se podía prever, y cosa curiosísima de notar, este libro sin verosimilitud alguna, estudio desvergonzado como una cortesana de callejuela, que las jóvenes no creen, que las mujeres creen aún mucho menos, ¡cómo se quiere que comprendan esa podredumbre inmoral las pobres mujeres que ocultan ruborosas sus preferencias más inocentes? de costumbres perdidas, de heroínas en *desabillé* de mañana, cuya sangre fría espanta aún más que sus acciones, y que no corresponde á ninguna aspiración, ha formado desgraciadamente escuela, y apenas si ha quedado rincón literario en la vetusta y gastada Europa, en que no se haya cobijado algún giron del manto de Mesalina, que mal encubre las profanadas espaldas de Margarita Gautier.

Bajo la influencia de la creación de Alejandro Dumas, hijo, indudablemente ha escrito la suya nuestro apreciable y buen amigo el Sr. Paz. Zulma tiene más de un punto de contacto con la Dama de las Camelias. Ambas descienden de la misma raza; participan de la misma índole; presentan idéntica tendencia; pero la protagonista de *La Cruz de Eva*, está más en el mundo real en el buen sentido de la palabra, no en el brutal empleado por cierta modernísima escuela contemporánea. En lo que se separan por completo es en el fin moral. Del escepticismo que participan las obras del autor de *El Hijo pródigo* y de *La Dama de las perlas*, no podía hacerse cómplice el autor de *Los Profetas*.

Así es que se le ve luchar á cada momento á brazo partido contra esa influencia que encarna el tipo de Margarita Gautier, camino herizado de espinas al través de lo imposible y de las malas costumbres, en que á Dumas, hijo, no ha detenido ni el sexo ni la edad, ni la juventud que deben ser, al decir del satírico latino, rodeados de nuestro más profundo respeto. El Sr. Paz ha sabido contenerse á tiempo en esta rábia del escándalo.

En la novela de Dumas, no solo no se encuentra ninguna reacción contra aquella reunión de mujeres equivocas, sino que ni aún la moral más acomodaticia halla protección ni por parte de las leyes ni de las costumbres. Siéntese á cada paso que se marcha sobre una sociedad en ruinas. El autor se burla de todo, y con qué burla, presentándola implacablemente al desnudo sin piedad ni remordimiento. Mientras que el Sr. Paz apenas mancha á su heroína, rodeándola de toda la consideración con que un hombre honrado puede prestar á una mujer de su clase. Las páginas en que pinta la agonía de Zulma; en que nos la presenta en la cama luchando con esa cruel enfermedad de pecho tan poéticamente descrita por Dumas, padre, en Amaury, son recomendables y bellas, mucho más aún, son cristianas.

Con respecto al amante de Zulma, Gualberto, personaje principal de *La Cruz de Eva*, está calcado en la escuela realista más desconsoladora.

Ahora bien: al presentar tipos de esta clase no puede menos de calumniarse asimismo cuando pretende des-

terrar de sus procedimientos todo aquello que se parece á una idea del espíritu, pues á nuestro parecer jamás alcanzará esto, haga lo que quiera para conseguir este grado de embrutecimiento en el arte. Si su argumentación significa alguna cosa, únicamente podrá significar que esta escuela prefiere á las ideas de un orden superior las vulgares, cuya explotación es á la vez más fructuosa y más favorable á sus miras. El arte no es en realidad espíritu ni materia, sino una y otro á la vez, es la vida, pero espiritualizada; es el espíritu, pero materializado. Poner aparte uno ú otro de estos dos elementos, no es purificar el arte ni realizarlo, sino anonadarlo.

Gualberto Pizarro, perdiendo el conocimiento la noche de su triunfo en el teatro, al ver desmayada á la que había compartido hasta entonces con él sus alegrías y llorado á su lado en las horas de infortunio, lo comprendemos; el poeta que al recibir la noticia de que había sido admitido su drama y que iba á ponerse á la mayor brevedad en escena, jura por su alma y su dicha, que si la fortuna acogía su producción había de dar á Zulma ante Dios, el nombre de esposa ante los hombres, y vacila después, lo comprendemos también; pero el laureado autor que á los escasos días de haber alcanzado la fama, es decir, un nombre en la historia, olvida que su amante se halla sumida en un calabozo, que á las pocas horas de su transformación en hombre de importancia comprende que al imperio del corazón había sucedido el de la cabeza, y á las locuras de la juventud el raciocinio de la edad madura, y no alarga su mano ni una vez tan siquiera para dejar caer un óbolo miserable en la de aquella que había compartido su hacienda, su casa y su vida con él, cuando desconocido vagaba al acaso sin más patrimonio que la oscuridad y la miseria, está, no lo ignoramos, en la naturaleza humana; pero nosotros no queremos comprenderlo. En hora buena que al impulso que arrojó al abismo al ángel rebelde se le llame poéticamente orgullo, en el hombre, que no es un ángel caído, nunca podrá llamársele más que ingratitud en lenguaje liso y corriente.

Por dicha nuestra, los demás personajes que introduce el Sr. Paz en *La Cruz de Eva*, nos idemnizan con usura de la repugnancia que nos ha causado siempre todo aquel que ha podido olvidar un beneficio. Dibujados de mano maestra, y representados sus caracteres respectivos con gracejo y tacto felicísimo, se desarrollan y crecen en importancia desde un principio hasta la conclusión de la obra.

Por ella, pues, auguramos un lisonjero porvenir á nuestro buen amigo, si sigue con fé en la senda emprendida bajo tan excelentes, y lisonjeros auspicios.

En España, hasta el presente, carecemos de buenos novelistas, salvo rarísimas excepciones. Esta manifestación de la literatura apenas si se ha cultivado entre nosotros por unos pocos.

*La Cruz de Eva* es una creación que no solo honra al Sr. Paz, sino á las letras pátrias, razón sobradísima para que creamos fundadamente que será acogida por los amantes y cultivadores de lo bueno y lo bello con el aprecio que se merecen las obras del espíritu, que entrañan un mérito real y verdadero.

VICENTE CUENCA.



## LUCHA DEL CORAZON,

por

SOFÍA TARTILAN.

(Continuación.)

V.

Mi padre, inglés de nacimiento, se había criado en España, en donde conoció á mi madre; y casados, se establecieron en Sevilla. Mi madre, hija única de un rico comerciante, llevó al matrimonio un cuantioso dote que mi padre, activo y emprendedor, triplicó en poco tiempo.

Durante muchos años, la prosperidad y la fortuna fueron inseparables compañeras de la casa de mis padres; y cuando yo contaba doce años, contaban ellos para mí, que era su hija única, doce millones de dote. Yo no puedo decir á V. por qué serie de acontecimientos desapareció en poco tiempo la cuantiosa fortuna de mi casa; pero sí que al cumplir yo mi tercer lustro, cuando me sacaron del colegio en que me estaba educando, ya no vivían mis padres en el suntuoso palacio de la calle de la Lonja que

antes habitábamos, sino en una granja á orillas del Guadalquivir, pero tan bella, tan poética, que á mí me pareció mucho más hermosa que la casa de Sevilla.

Mis trajes también habían sufrido una modificación visible; pero yo apenas había reparado en ello, corriendo como estaba siempre detrás de las pintadas mariposas. Un día mi buena madre me dijo: Felicia somos pobres. Ya no eres, como antes, una de las más ricas herederas de Andalucía, y si toda joven debe ser buena, laboriosa y honrada, la que es pobre debe ser un modelo de todas las virtudes, porque tiene que hacerse perdonar del mundo una gran falta, la de no tener fortuna. Yo, hija mía, nunca te hubiera dicho esto, si no temiera que la ignorancia de nuestra desgracia pudiera ser la causa de la tuya, si por tu mala suerte, creyéndote como hasta hoy rica, dieras entrada en tu corazón á ilusiones que luego, al arrancarlas del alma, se llevarán presas en sus raíces tu futura felicidad.

No fué muy grande la impresión que me hicieron las palabras de mi madre, porque, á decir verdad, la riqueza nada significaba todavía para mí; y viviendo, como he dicho á V., en el campo, no tenía lugar de apercibirme de esas mil pequeñeces que tanto mortifican. Las flores, los pájaros y el cariño de mi buena madre llenaban mi vida, y era tan feliz ó más que lo había sido hasta entonces.

De esta manera pasaron dos años. Mi padre, del que apenas os he hablado, era también muy bueno; pero con la pérdida de su fortuna se había vuelto taciturno y huraño, pasando muchos días encerrado en su cuarto sin ver á nadie, y solo la paciencia angelical de mi madre conseguía dulcificar sus penas y sacarle de aquel aislamiento.

Mi educación, bastante adelantada ya cuando salimos de Sevilla, la completó mi madre con sus conocimientos; y los buenos libros, la música y el trabajo ocupaban nuestra tranquila existencia. Para ser dichosos solo nos faltaba que mi padre se mostrase más conforme.

Pero, ah! La mala fortuna no se había cansado de perseguirnos, ó Dios quería probarnos más. Lo cierto es, que una noche, cuando todos en la granja estábamos entregados al sueño, fuimos despertados por terribles gritos de angustia. La casa estaba ardiendo por todas partes, y un mar de fuego nos separaba del resto del mundo. ¿Qué fué lo que pasó por mí en aquellos momentos? Lo ignoro, y nunca he podido darme cuenta de ello. Mis recuerdos más claros solo me representan á mi madre entrando en mi estancia con los vestidos inflamados y abalanzándose á mi lecho, cuyas cortinas ardían. Después á mi padre que entró también y me tomó en sus brazos, juntamente con mi madre, que reía de una manera desgarradora. Luego, nada.

Cuando volví en mi acuerdo estábamos en esta horrible casa, en la que tanto he sufrido y de la que no saldré mientras viva. Mi madre, mi querida madre, estaba loca! Mi padre estaba ciego! Por salvarme habían perdido la una la razón, el otro la vista.

—Pobre niña! la dije, abrazándola y mezclando á las tuyas mis lágrimas; pobre niña! mucho habeis sufrido; pero Dios es grande; esperad. Hay un consuelo, un bálsamo que cierra todas las heridas, y el cielo no puede negárosle. Sois joven y hermosa: si vuestros padres han muerto, y vos, como buena hija, los habeis ayudado en vida y llorado después, ya nada teneis que hacer aquí. Venid conmigo; yo seré vuestra hermana, y á mi lado, una amistad sincera y quizá el amor de un corazón que sepa comprender al vuestro, os tengan reservados aún días de bonanza y....

No me dejó continuar; con una de sus manos tapó mi boca, y me dijo temblorosa y agitada:

—Por Dios, por lo que os sea más caro en el mundo, por el recuerdo de vuestra madre, no hagais resonar en mis oídos la palabra amor.

Yo la miraba sin comprenderla.

—¿Creis que era yo bastante desgraciada, continuó, hallándome sola, sin recursos y mi padre ciego? Pues bien; aún me estaba reservada otra prueba. Escuchad.

VI.

—Instalados en esta casa, que no sé por qué, era propiedad de mis padres, la locura de mi madre, furiosa en un principio, habíase tornado más pacífica, y sobre todo, al eco de la voz de su esposo adquiría una tranquilidad casi completa. El pobre ciego había encontrado en la nueva desgracia la conformidad que antes le faltaba, y pasando de mi madre á mí, procuraba consolarnos, pues más no podía hacer.

Nuestra miseria era tanta, que apenas alcanzaban todos nuestros recursos para no morir de hambre, no teniendo ni lecho ni vestidos. En tan triste situación, el único amigo que teníamos era un antiguo criado nuestro, que después de la desgracia de la granja, se había colocado de jardinero en el palacio de San Telmo.

(1) Véndese en la Administración de *La Prensa*, Pez, 6, y en la librería de Gaspar y Roig, Príncipe 4, al precio de una peseta.



Este buen anciano nos visitaba de vez en cuando y me ayudaba á sostener á mis pobres padres, trayendo, para que las bordase, algunas labores que, segun él decia, le encargaban varias señoras de la ciudad. Pero el cuidado de la pobre loca y el ciego me ocupaban tanto tiempo, que era muy poco el que me quedaba para trabajar. Sin embargo, tan embotados tenia ya los sentidos, que nada echaba de menos, y hasta habia llegado á olvidarme del pasado.

En esta solitaria vivienda no tenia ni aire, ni sol, ni flores. Muchos dias me faltaba el alimento, y aún así, repartiendo horas entre el cuidado de mis padres y mi labor, apenas sufría otros dolores que los de los seres queridos que estaban á mi cargo.

El buen anciano, que hacia mucho tiempo deseaba ofrecernos cuanto poseia, no hallaba el medio de hacerlo sin herir la delicadeza de mi padre, y se valia de mil pretextos para conseguirlo, de modo, que nuestra situacion fué mejorando algo; y al ver á mi pobre madre abrigada y á mi padre sentado en ese viejo sillón que él nos trajo, yo respiré con más libertad y trabajé con más fé: no era dichosa, pero no estaba desesperada. Mi padre pagaba con su cariño mis desvelos, y esperaba la muerte con cristiana resignacion. En cuanto á mi pobre madre, besaba noche y dia mis cabellos, que parecia ser lo único que recordaba de mí, y pasaba las horas riendo de una manera tan lúgubre y aterradora, que desgarraba el corazon. En esto habia venido á quedar su locura.

Un año hacia que duraba esta penosa situacion, cuando una tarde estando yo sentada en este mismo sitio, resonaron en mi oído las pisadas de un caballo. La natural curiosidad me hizo levantar la cabeza, cuando al mismo tiempo el animal, asustado por un perro, lanzó un bote y derribó de la silla al ginece que le montaba. La calle estaba completamente desierta, y viendo yo que nadie acudia, me acerqué á mi padre y le conté lo que pasaba.

—Hija mia, me dijo el pobre ciego, yo no puedo hacer nada. Anda tú y socorre á ese hombre. La caridad es la primera y más hermosa de las virtudes.

Salí, pues, á la calle, y acercándome al caballero vi que era un jóven. Su cabeza habia chocado contra el umbral de piedra de una puerta, y de su frente corria la sangre en abundancia. Por consejo de mi padre lavé su herida con agua fria y rocié con la misma su rostro, logrando de este modo que volviese en sí; y ayudado de mi padre, apoyándose en nuestros hombros, le condujimos á este sillón, en el que pasó algunos momentos: luego, dándonos las gracias, partió dejándome muy conmovida por aquel accidente, que habia roto la monotonía de mi amarga existencia.

Qué más os diré, señora? Despues volvió otros muchos dias, y mi corazon, que solo habia latido por el sufrimiento, empezó á sentir las agitaciones y torturas de una pasion tan grande como lo era mi desgracia; pero yo no podia, no debia amar más que á mis infortunados padres, siendo, como era, su único sosten y amparo.

Desde aquel instante, una lucha horrible comenzó á destrozar mi oprimido pecho, lucha tanto mayor, cuanto que yo conocia que Enrique me amaba tambien; pero que habia algo que le impedia manifestarme su cariño.

Yo, infeliz, no tenia ni aun el consuelo de escuchar las dulces frases de amor que halagan los oídos de todas las mujeres, por desgraciadas que sean.

Sin embargo, daba en secreto las gracias al generoso jóven que encerraba dentro del alma la pasion que sentia, pues hubiera sido una profanacion hablar de amor en una casa que parecia un templo consagrado al infortunio, en el cual habia tres seres, dos de ellos una loca y un ciego, y estos eran mis infelices y amados padres; V. comprenderá, señora, cuánto debí sufrir, y cuán dolorosa sería la lucha que diariamente sostenia mi triste corazon; la mezcla de amargura y felicidad que sentiria cuando Enrique fijaba en mí sus ojos llenos de pasion, y sin embargo, sólo me dirigia frases de cariñosa urbanidad.

De este modo pasaron algunos meses, cuya duracion nunca he calculado, pero que suponen para mí muchos años de vida.

Cuando mi corazon anhelaba la presencia de Enrique, mi conciencia me gritaba: «no ames, no debes amar, porque la felicidad te está vedada. ¿Puede acaso ese jóven ser tu esposo? Sabes á qué clase pertenece? ¿No es probable que su familia sea rica y feliz? Y aún dado el caso de que te ame lo bastante para unirse á tí, ¿qué harás entonces de esta pobre loca y de este desgraciado ciego? Los separarías por ventura de tu lado? ¿Entregarías á manos mercenarias esos dos seres que te salvaron de una muerte horrible á costa de los dones más preciosos de la vida, la luz de los ojos y la de la razon?»

Y esto, señora, continuó la pobre niña, se repetia todos los dias, porque todos ellos venia Enrique á pasar algunos momentos á nuestro lado.

Mi pasion crecia de hora en hora, y para colmo de infortunio no tenia un pecho amigo en que depositar mis penas, porque mi pobre padre no podia ver mi rostro, marchito por el pesar, ni mis cabellos que se tornaban blancos á los diez y ocho años, secándose en mi cerebrola vida con la llama volcánica del sufrimiento. Mi madre, esa madre adorada, que es siempre la más tierna amiga de las hijas, la que enjuga su llanto y cicatriza con su ternura las heridas del alma, no existia para mí, y sus ojos extraviados no veian las ardientes lágrimas que, cual encendida lava salida del corazon, abrasaban mis pálidas mejillas.

Un dia, ¡oh señora, que dia tan terrible! Su recuerdo hiela aún hoy la sangre de mis venas y extravía mi vacilante razon. Un dia vino Enrique más temprano que de ordinario. Estaba conmovido, y sus lábios temblaban como si se resistieran á modular las palabras. Mi padre dormitaba en ese sillón, y mi pobre madre, cobijada en el ángulo más oscuro de la estancia, conservaba una inmovilidad absoluta.

Aunque yo esperaba siempre con ansia la venida del que era al mismo tiempo mi felicidad y mi tormento, no estaba preparada para verle en aquel instante, y su presencia me dejó confusa, por lo cual guardé un obstinado silencio á sus primeras frases. Entonces, acercándose más á mí, en las suyas tomó mis manos, y me dijo:

—Felicía, voy á partir. Ya no os veré más, y esto me hace muy desgraciado.

Yo levanté la cabeza fijando en los suyos mis asombrados ojos, pues creia no haber comprendido lo que me decia.

—Soy pintor, añadió, huérfano de padre y madre. Un tio que tengo en esta ciudad ha costeado mi carrera, y hoy me veo por su recomendacion agregado á una comision que el gobierno manda á estudiar á Italia, y dentro de tres dias salgo de Sevilla. Ahora bien, Felicía, continuó con agitacion: Yo os amo. ¿Queréis ser mi esposa? Nos uniremos sin que mi tio lo sepa, pues no me daria su consentimiento, y marcharemos juntos á Roma, donde yo trabajaré para crearme un porvenir independiente.

Calló. Yo continuaba escuchando.

—No me respondes? No me amas? repitió más alto. No quieres ser mi esposa y seguirme á Italia?

—Nó! contestó una voz estridente y gutural.

Era mi madre, que abandonando su rincón, habia llegado hasta nosotros sin que la viéramos.

—Ah! Quieres llevarte á mi hija? dijo mirando á Enrique con aire amenazador, á mi hermosa Felicía? ¿Y qué sería entonces de la pobre loca y del pobre ciego? Nó, nó, por caridad, caballero, añadió cambiando de tono, no os lleveis á nuestra hija. Y entonces mi pobre madre se asía de las ropas de Enrique, y reia, lloraba y suplicaba á la vez.

Yo, en medio de aquella escena desgarradora, estaba más loca por el dolor que mi misma madre, que luego volvió á su rincón; y en cuanto á las preguntas de Enrique habian quedado por mi parte sin respuesta.

—Felicía! Felicía! repitió mi amante ¿No me amas?

—No puedo amarte. Mi madre ha contestado por mí, le dije. Qué sería de la pobre loca y del pobre ciego? Huye, huye de esta casa, y Dios te haga tan feliz como yo soy desgraciada; y diciendo esto me levanté para refugiarme al lado de mi madre.

Enrique salió entonces, sin que yo levantara los ojos. Tuve miedo que me faltase el valor para verle partir.

Mi padre, á quien yo creia dormido, y que habia escuchado nuestra conversacion sin interrumpirla, me estrechó sollozando contra su pecho y guardó silencio. Mi madre no volvió á recordar nada de cuanto habia pasado.

Tres dias despues, cuando vine á ocupar este sitio para entregarme al trabajo, al abrir mi ventana hallé esta maceda con una hermosa planta de nieve y un pequeño billete de mi amante con estas solas palabras. «Adios, Felicía. Somos muy desgraciados. Vive para tus padres, aun cuando sea sintiendo hielo en el corazon. Yo, como no los tengo, puedo morir.»

Qué ha sido de él? Lo ignoro. Ahora escuchadme hasta el fin.

Desde el dia en que pasó cuanto acabo de referiros, mi padre se negó á tomar alimento alguno, y ocho dias despues caia muerto en mis brazos. El infeliz se habia suicidado por no ser un obstáculo á mi ventura.

Cuando se llevaron su cadáver, en los ojos de la pobre loca brilló una lágrima y un destello de razon que poco á poco se fué haciendo más claro; pero esto, que debia alegrarme, vino á colmar toda la medida de mis sufrimientos: mi madre recobraba la inteligencia para morir, cosa que dicen sucede casi siempre á los pobres dementes. Con efecto, solo alumbró Dios aquel oscuro cerebro

para que pudiese medir la intensidad de su infortunio, porque cinco dias despues exhalaba sobre mi pecho su último suspiro.

Ya ve V., señora, continuó Felicía, anegada en lágrimas, cuán desgraciada he sido, cuán sola estoy en el mundo y cuáles son mis esperanzas para el porvenir. Más de un año hace que murieron mis padres y mi amor; y ó yo no hice con toda la fé que debia mi sacrificio, ó Dios no lo creyó bastante, puesto que tan inútil me fué. Pero no es por eso menos cierto que mi ulcerado corazon solo vive para el recuerdo de la perdida felicidad, sin que nada espere ni desee: únicamente hallo consuelo en mi propio dolor, por lo cual no quiero abandonar ni por un momento estos lugares en que tanto he sufrido.

## VII.

Sumamente conmovida habia escuchado el relato de la pobre niña. Así que, por el momento, solo pude estrechar entre las mias sus manos, y dejar que corrieran en silencio sus lágrimas amargas, como lo eran los recuerdos que por complacerme habia evocado.

No obstante, pasados algunos minutos, procuré consolarla ofreciéndola mi amistad: y como se negase obstinadamente á venir á mi casa de Sevilla, yo iba todos los dias á pasar algunas horas con ella; pero mis esfuerzos se estrellaron ante su resolucion de continuar encerrada en la casa en que habian muerto sus padres.

Con un carácter altivo como el suyo, era tambien muy difícil aliviar su pobreza, porque se ofendia con facilidad; de modo que todo lo que logré hacerla aceptar, fué algunos libros y un canario para que alegrase con su canto la triste soledad de aquella morada, y varias macetas con flores, que morian pronto por falta de sol.

Tanta fué la simpatía que me inspiraba, que retardé mi vuelta á la corte algunos meses; pero mi esposo deseaba mi presencia, y no podia excusarme de dejar á Sevilla, puesto que ya estábamos en los primeros dias de Julio.

En las últimas cartas que yo habia recibido de Madrid, mi familia me hablaba de un viaje que debíamos hacer al extranjero; y como no se me indicaba el punto, concebí la idea de que si lo dejaban á mi eleccion, escogeria la Italia, que siempre habia tenido grandes deseos de visitar. No sé por qué esperaba encontrar allí al amante de Felicía.

Además del afecto casi fraternal que la jóven me inspiraba, mi imaginacion, algo romántica entonces, me presentaba con halagadoras tintas lo interesante que sería para mí estudiar aquella pasion que, si Enrique la conservaba en su pecho, debería creerla ignorada de todos. Me dispuse á trocar las floridas riberas del Bétis por las arenosas orillas del Manzanares, y dos dias ántes de salir de Sevilla me fuí á despedir de mi nueva amiga; pero me guardé bien de manifestarla mis futuros proyectos, pues no queria hacerla concebir esperanzas fundadas en una quimera.

Nuestra separacion fué verdaderamente dolorosa. Yo la insté de nuevo para que se viniese á vivir á mi lado, pero nada pude conseguir: solo sí que me permitiera, si variaba de parecer, darme parte de su resolucion; y con esto nos despedimos casi seguras de no volvernos á ver.

(Se concluirá).

## Explicacion del Figurin 1090.

FIG. 1.<sup>a</sup>—*Traje de visitas en el campo*.—Falda de foulard rosa té, adornada con cinco volantes picados; túnica de granadina de seda rosa brochada, guarnecida con encaje negro de 10 cents. de ancho. Cuerpo escotado con fichú de encaje cruzado por delante. Sombrero de paja de Italia con guirnalda de rositas; sombrilla-baston de poul de seda rosa, forrada de raso blanco.

FIG. 2.<sup>a</sup>—*Troje para comida*.—Vestido con quillas de seda verde de dos tonos. Los paños de atrás, que dibujan cola, y son color verde Océano muy claro, están recogidos en pouf por una echarpe verde sauce. Las quillas están formadas por 9 volantes de 7 cents. de ancho, de ambos verdes alternados y cubriéndose los unos á los otros. Los separan de los paños de atrás un coquillé de encaje blanco, sujeto con lazos verde sauce y de los de delante dos bieses perpendiculares, uno de cada tono. El cuerpo cierra en corazon con un lazo verde sauce, y tres más adornan el delantero hasta abajo. Las mangas, con coquillés de encaje sobre la costura del codo, son algo cortas y terminan con bullonado de muselina y un volante. Lazo de cinta verde de ambos tonos en el cabello.

FIG. 3.<sup>a</sup>—*Troje de jardin*.—Vestido de sedalina color malva. Cuatro volantitos adornan los paños de delante de la falda, que se completa con túnica princesa muy ajustada, muy larga y muy abultada por atrás, recogida á ambos lados por una echarpe color de ámbar oscuro. Un volante de la tela y otro de muselina blanca bordada guarnecen la túnica; el delantero de la misma lleva al canto el volante de muselina, y está adornado con tres bieses ámbar. Las mangas son de codo, abiertas y guarnecidas de bieses y lazos ámbar y volantes de muselina. Peine español entre el cabello.





## LA VACA NEGRA.

No hace mucho tiempo que en estas mismas páginas del CORREO se ensalzaron las cualidades de cierto asno blanco, y desde entonces experimento un vivo deseo, una verdadera comezon de dar á conocer las que adornan á la vaca negra, compañera de mis juegos infantiles.

Aunque era muy niña entonces, recuerdo perfectamente la perfumada y esplendorosa mañana de Abril, en que descendí con mi madre al establo, y ví á la graciosa vaca, recién nacida, buscando el amparo de la suya. Desde entonces fuimos íntimas amigas. Así que ella pudo dejar el establo, recorrimos juntas los frondosos sotos, desafiándonos á la carrera, y dándola por premio de su victoria un pedazo de blanco pan que se comía con una avidez extraordinaria.

No hay animal, por torpe que sea, que domesticado, no demuestre una adhesión sin límites hacia su bienhechor, y una inteligencia admirable para agradarle y servirle. ¡Qué paciencia la de mi Zulema, que con tal nombre la bauticé, para sufrir mis caprichos! Ya me empeñaba en que estuviese inmóvil para coronarla de flores ó adornarla con lazos de cinta, ya montándome en ella, que diese rápidas vueltas como un caballo, sin contar con sus piernas cortas y la pesadez de sus movimientos. Ahora todo ha cambiado.

Yo no he dejado de ser niña, pero ella es madre, y en gracia á tan respetable estado han cesado mis travesuras. Pero no ha cesado su cariño hacia mí, pues me sigue como un perro por donde quiera que voy, y prorrumpe en alegres mugidos tan pronto como oye mi voz ó me divisa á lo lejos.

¡Que sería del pobre sin el buey y la vaca, que le proporcionan todo su bien estar! Sin ellos, la tierra quedaría inculta, áridos los jardines, porque aunque en ciertas comarcas otros animales le reemplacen en las labores del campo, no son, ni con mucho, tan aptos, ni su trabajo es tan productivo. El caballo y la mula, más propios para soportar pesos, tienen las piernas demasiado elevadas, los movimientos demasiado bruscos y demasiada poca paciencia para andar cien veces el mismo camino y con la lentitud necesaria.

Sobre el buey, pues, descansan todos los trabajos agrícolas, los más importantes para la riqueza y prosperidad de las naciones. El labrador que posee una yunta propia, casi puede desafiar á la miseria.

Pero no nos rinde tan solo el tributo de su laboriosidad y de su paciencia, nunca desmentida: su carne y su leche nos ofrecen sabroso y nutritivo alimento, y su piel sirve para mil cosas útiles á la industria.

Sin embargo, á veces se les aguijonea, á veces se les maltrata. ¡Cuán ingrato es el hombre con todos esos seres sin los cuales ni podría vivir ni disfrutar de comodidad alguna! Hay personas incapaces de hacer el más leve daño á nadie, y que no tienen escrúpulo en martirizar á esos pobres animales inofensivos y llenos de celo por servirnos, como si físicamente no tuviesen tanta sensibilidad como nosotros.

Recuerdo que una noche, cuando estaba ya para acostarme, oí á lo lejos unos lastimeros mugidos.

No dudé de que quien los soltaba era mi amiga. Abandoné mi aposento como una centella, bajé las escaleras, crucé los patios, salí al campo.

Mi Zulema estaba en efecto tendida en el suelo, agobiada bajo el peso del yugo, y el mozo que la conducía, lejos de aliviarla de su carga, la daba latigazos y puntillazos para obligarla á levantarse.

Así que el pobre animal me vió, fijó en mí sus grandes ojos, en los que juraría que brillaba una lágrima, y me dió las gracias por el beneficio que esperaba de mí, antes de haberlo recibido.

Mi madre, que lo proclamo con orgullo, es una persona sensata y prudente, despidió al criado diciéndole: que el que tiene valor para maltratar á un animal tan útil como inofensivo, no está muy lejos de mostrarse cruel é ingrato hacia sus propios amos.

MARGARITA.

## LA CONQUISTA DE MADRID.

Tal es el título de la preciosa novela debida á la pluma de la autora del *Antifaz de terciopelo*, doña E. Feijóo y de Mendoza, y cuya publicación acaban de terminar

los infatigables é inteligentes editores Sres. Múrcia y Martí.

Aunque conocidas las bellezas que encierra, y la moralidad esquisita que brilla en el *Antifaz de terciopelo*, consideramos inútil encarecer el mérito de la presente obra á nuestras constantes suscriptoras, faltaríamos á nuestro deber si no hiciéramos constar que su jóven autora adelanta cada vez más en la brillante senda que ha emprendido. Interés y movimiento en la acción, caracteres bien definidos y admirablemente dibujados, y un estilo fácil y sencillo, tales son las cualidades que brillan en primer término en la *Conquista de Madrid*, y que hace que su lectura sea tan grata é interesante.

Al anunciarse su nueva obra dimos la enhorabuena á su autora, presumiendo que sería digna de su talento; hoy que hemos tenido la fortuna de saborear las bellezas que contiene, se la damos más entusiasta y más cumplida.

La *conquista de Madrid* forma dos tomos, que se venden en esta Administración á real y medio cada uno, y no dudamos que las señoras amantes de la lectura moral é instructiva, se apresurarán á dirigirnos sus pedidos.

\*\*

Causa sumo consuelo el ver que á pesar de las difíciles circunstancias porque atravesamos, y la general preocupación, el movimiento literario sea relativamente extra-



LA VACA NEGRA.

ordinario, no faltando escritores que, dejando á un lado su pluma de periodistas, se dediquen á escribir obras de verdadera importancia para la enseñanza moral é intelectual de sus conciudadanos.

La *Asociación de Girona*, que tantos y tan dignos esfuerzos ha hecho para estimular á los autores, acaba de publicar un tomo que contiene las composiciones premiadas en el certamen poético, verificado en el primer año de su instalación.

Este precioso libro se vende en Girona en las oficinas de la *Asociación*, al precio de 4 rs. franco de porte, los que pueden remitir á dicho punto en sellos ó libranzas del Giro mútuo, cuantos deseen adquirirlo.

Son bellísimas y dignas efectivamente de encomio, las composiciones que encierra, debidas á los aventajados escritores D. Antonio Alcalde Valladares, D. Francisco Ubach y Vinyeta, D. José María Pellicer, D. Francisco Abarzuza, D. Alejandro Harmsen, que obtuvieron premio, y accésit las de los Sres. D. José Roca y Roca, D. Francisco Matheu, D. Tomás Forteza y D. Antonio Molins. Sin espacio para analizar todos estos trabajos, nos limitaremos á felicitar á la *Asociación* y á su ilustrado presidente D. Francisco de Paula Franquesa, por el brillante discurso con que inauguró el certamen.

\*\*

También nuestro particular amigo y distinguido escritor D. Eleuterio Llofrin y Sagrera leyó una bellísima poesía en la inauguración de las escuelas de adultos, establecidas por el Ayuntamiento de Madrid, demostrando una vez más su afán por difundir la enseñanza, sirviéndole de guía la perfecta moralidad que desciende en todos sus escritos.

Por último, el editor D. J. Bastinos é hijo, de Barcelona, acaba de publicar un libro titulado *El Credo*, ilustrado con preciosas láminas, y que es muy propio para los colegios y para que los padres hagan un útil regalo á sus hijos, estimulándolos así á la aplicación y al estudio.

## CORRESPONDENCIA.

A la orilla del mar.—Por una dichosa casualidad Ayuntamiento de Madrid

puedo complacerla hoy, dándola, como V. desea, el medio de hacer que sean impermeables las prendas de su uso y las de su marido y de sus niños; en 15 litros de agua dulce, es decir, de río, se disuelve una libra de alumbre, y en otros 15 una libra de acetato de potasa. Cuando estas sales están perfectamente disueltas por separado, se las mezcla, y dan un precipitado blanco insoluble. Se deja reposar; se vierte en otro recipiente muy despacio, para que los posos, si los hay, se queden en el primero, se sumerge la prenda, haciendo que se embeban bien todas sus partes, se saca y se seca al aire. Esta preparación hace que las telas queden impermeables, sin que se alteren ni el color ni la calidad, pudiéndose emplear hasta para las de seda. En cuanto á teñir por sí misma sus vestidos, aunque conozco algunos secretos, no se lo aconsejo, atendido á que todos los medios colores que se usan en el día son muy falsos y se expone á echarlos á perder. Más económico será que recurra V. al tintorero, y que conserve su vestido en buen estado.

*Una madre cariñosa.*—Los niños hasta la edad de tres años se visten exactamente lo mismo que las niñas, menos el sombrero, que debe ser de forma diferente.

*Una rubia de 20 años.*—No conozco específico mejor para conservar al cutis su limpieza y su tersura, que la *leche antifélica de Candás*. Sin embargo, me aseguran que es muy bueno ántes de acostarse restregarse la cara con jugo de fresas ó con las fresas mismas, y dejarlas toda la noche sin secarse.

*En el campo.*—Las polonesas y túnicas princesas de cachemir negro bordado se llevarán mucho este invierno sobre faldas de terciopelo y de seda. Todo hace presumir que estas dos prendas prolongarán aún por mucho tiempo su reinado.

*Una mujer económica.*—Me alegro infinito de que haya V. quedado tan satisfecha de mis dos recomendaciones: *La Peluquería Universal de la Catalana*, establecida en Madrid, plaza de Topete, 15, y la máquina de coser *La silenciosa*, que vende el Sr. D. Antonio de Paz, en Santander. Cuando hacemos alguna de estas recomendaciones, es porque estamos seguros de que el más completo éxito comprobará nuestros elogios.

Rogamos á las amables suscriptoras que nos favorecen con la solución de las charadas, que nos perdonen si alguna vez no aparecen sus nombres, seguras de que jamás es por olvido, sino porque el desorden que reina actualmente en los correos, hace que la mitad de las cartas no lleguen á nuestras manos.

Hé aquí ahora las que posteriormente hemos recibido, á la charada inserta en el núm. 30 del CORREO, correspondiente al 10 de Agosto, debidas á Doña Nieves Fernandez y Córdoba, de Mérida; Doña Polonia Santurce, de Santander; Doña Carmen Bacienga, de Sevilla; Doña Eloisa Santos, de

Girona; Doña Gertrudis Altea, de Valencia, y la siguiente en una preciosa redondilla:

Esparciendo á raudales la ventura  
Del uno al otro contrapuesto polo,  
Surge en Oriente tras el alba pura  
El astro rey, el rutilante Apolo.

CAROLINA BAYO Y AURELL.

Medina de las Torres.

Soluciones á la charada inserta en el núm. 32 del CORREO, correspondiente al 26 de Agosto, por las señoritas Doña Nemecia Diaz, de Villafranca; Doña Justina Rodríguez, de Valladolid; Doña Tomasa Bell, de Sevilla; Doña Carmen Sesma, de Logroño; Doña Ventura González, de Zaragoza; Doña Luisa Casamayor, de Madrid, y los Sres. D. Augusto C., de Ateca, y D. F. de P. V., de Granada.

AYAMONTE.

## CHARADA.

Prima y segunda  
Allá en el cielo,  
En cierto sitio  
Miro y contemplo.  
Con tercia y cuarta  
Aun mismo tiempo,  
Más de un sentido  
Con gusto empleo.  
El todo es nombre,  
Pero compuesto  
De otros dos nombres  
Y tan diversos,  
Que uno es de fiera  
Que infunde miedo,  
Y otro de planta  
De tallo esbelto.

JERÓNIMO COUDER.

Las Sras. Suscriptoras á la 1.ª Edición recibirán con este número el *Figurín iluminado*.

Editor-proprietario: CARLOS GRASSI.

Tip. de G. ESTRADA, Dr. Fourquet, 7 (antes Hiedra).